

ALFAGUARA



Alberto Fuguet

Todo no es suficiente

(La corta, intensa y sobreexpuesta vida
de Gustavo Escanlar)

Primera edición: febrero de 2016

© 2015, Alberto Fuguet

Indent Literary Agency, www.indentliteraryagency.com

© Leila Guerriero, por el texto «La versión salvaje»

© Gabriel Peveroni, por el texto «La hermandad cósmica (Puntos de apoyo)»

© Rafael Lejtregger, por las fotografías de cubierta e interiores

© 2015, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Merced 280, piso 6, of. 61, Santiago Centro, Chile

© 2016, de la presente edición:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© Diseño: Proyecto de Enric Satué

© Diseño de cubierta: Ricardo Alarcón Klaussen

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-204-1999-2

Depósito legal: B-26008-2015

Impreso en BookPrint Digital, S. A. Hospitalet de Llobregat (Barcelona)

AL 1 9 9 2

Penguin
Random House
Grupo Editorial

A Matías Rivas



La versión salvaje

por Leila Guerriero

No sé si fue así, pero así es como lo recuerdo. Un domingo de invierno del año 2009, llegué a Santiago de Chile y esa misma noche me encontré con Matías Rivas, director de Ediciones Universidad Diego Portales, para conversar y tomar un café. En marzo de 2008, el escritor argentino Rodolfo Fogwill había organizado, en Buenos Aires, el Primer Encuentro de Crítica y Medios de Comunicación. Matías Rivas había sido uno de los invitados, y Fogwill me pidió que fuera a buscarlo al aeropuerto de Ezeiza; quería que a sus amigos los recibiera gente cercana, no un funcionario desconocido. Así fue como Matías y yo nos vimos por primera vez. Para el invierno de 2009, cuando nos encontramos en Santiago, teníamos la complicidad y la confianza de dos que se conocen desde hace años. Esa noche, según mi memoria, fuimos a una suerte de hamburguesería y, mientras tomábamos café o Coca Cola —o café y Coca Cola—, me propuso antologar y editar un libro para Ediciones UDP: una serie de perfiles de escritores malditos latinoamericanos, ya fallecidos, firmados por grandes escritores y periodistas actuales. No sé si fueron la complicidad y la confianza ganadas en tan poco tiempo las que hicieron que yo

dijera que sí a un proyecto a todas luces titánico, pero sí sé que esa misma noche pusimos los cimientos del libro: definimos qué cosa era un maldito (hasta donde eso puede definirse), convinimos que no hubieran muerto antes de los primeros años del siglo xx —la idea era actualizar el concepto de malditismo: traerlo a nuestros días—, y estuvimos de acuerdo en que debían tener un talento probado: no nos servían borrachos perfectos con obras mediocres. Hicimos, además, dos listas: una, con nombres posibles de escritores malditos. Otra, con nombres posibles de periodistas y escritores a quienes queríamos encargar esos perfiles. En esta última lista estuvo, desde el primer momento, el nombre de Alberto Fuguet.

* * *

Lo primero que hice fue iniciar una búsqueda, que me tomó meses, de escritores malditos. Para eso consulté, investigué, cotejé, descarté, leí. Al fin, llegué a un listado con algunos puntos débiles —faltaban contemporáneos, faltaban mujeres— y, sabiendo que tendría que hacer ajustes sobre la marcha, empecé a pensar en autores. No fue fácil. Había que encontrar al mejor autor posible para cada uno de los perfiles, y ese «mejor autor posible» no siempre era el más obvio: no tenía por qué compartir nacionalidad con el escritor maldito, ni sentir admiración por su obra y, de hecho, ni siquiera necesitaba conocerlo.

Se trataba, más bien, de imaginar qué escritor o periodista contemporáneo se movería con soltura en esas aguas turbias y podría persistir en una tarea arqueológica compleja, para la que le tocaría lidiar con un pasado pantanoso que muchas veces no había dejado rastros, con deudos vivos marcados a fuego por muertos difíciles, o con albaceas recelosos. El peruano Daniel Titinger resultó la persona indicada para hacer el perfil de Martín Adán; la argentina Mariana Enríquez resultó perfecta para el de Alejandra Pizarnik (de quien era, sin que yo lo supiera, devota), y se sumaron el argentino Alan Pauls para perfilar a Jorge Barón Biza y el chileno Rafael Gumucio para perfilar a Calvert Casey. Había avances, ripios, retrocesos, pero, aunque yo quería que Fuguet estuviera en el libro —incluso sin saber si cuando se lo propusiera aceptaría—, ninguno de los escritores malditos que evaluaba me parecían aptos para él: les faltaba un toque de electricidad pop, o sonaban muy lejanos o demasiado clásicos. Supongo que una de las principales tareas de un editor consiste en hacer lo que Matías Rivas hizo conmigo al encargarme ese libro, que terminó por llamarse *Los malditos* y que se publicó en 2011: empujar a un autor más allá de lo que el autor cree que puede hacer. Ver, en el autor, algo que ni el autor mismo ha visto aún. Yo quería encontrar eso para Alberto y, gracias a Matías, pude encontrarlo. Pero encontrarlo significó, en cierta forma y por cierto tiempo, la aniquilación de Fuguet.

Un día de principios de 2011, Matías me llamó por teléfono. Me dijo que Gustavo Escanlar, un autor uruguayo al que Fuguet había publicado en su ya clásica antología *McOndo*, cumplía muy bien con las características que buscábamos: talentoso, crudo, irritante, expuesto, extremo, oscuro. Había fallecido a los 48 años, en noviembre de 2010, y, al parecer, Fuguet —dijo Matías— lo había conocido muchísimo. O quizás me dijo que Fuguet trabajaba en un documental sobre Escanlar. O que estaba profundamente obsesionado con Escanlar. Incluso pudo haberme dicho que Fuguet se había ido a Uruguay de vacaciones, y nada más, pero, en todo caso, Matías sabía perfectamente lo que estaba haciendo con aquella llamada: mover el primero de todos los engranajes necesarios para poner en marcha una maquinaria imparable.

Lo que siguió fue consecuencia de ese primer movimiento sutil, caballeresco, elegante. Apenas Matías mencionó a Escanlar en aquella conversación, recordé un artículo publicado por la revista argentina *lamujerdemivida* —«Mi vida como ex»—, en el que Escanlar, con una rabia luminosa y un odio babeante, hablaba de la cocaína, de los psiquiatras, de la muerte de su padre, de la infidelidad compulsiva y de la muerte, todo con una potencia de golem maldito, y empecé a revisar, de reojo y en internet, artículos antiguos y obituarios nuevos, y comprendí que aquel escritor tóxico y desaforado era perfecto para Fuguet. Que

era, por supuesto, lo mismo que pensaba Matías. Que era, por supuesto, el motivo por el cual había hecho esa llamada.

Esa misma noche le mandé un mail a Fuguet: «Querido Alberto, tanto tiempo. ¿Cómo va todo? Espero que bien. Te escribo porque estoy trabajando en un libro para la UDP. Paso a contarte». Y le conté. No puedo dar con el mensaje en el que me envió su respuesta, pero recuerdo que aceptó muy rápido, con la naturalidad de quien asume una tarea por la que ha esperado mucho tiempo. En cambio, no recuerdo tan bien cómo fue que supe que, en verdad, no había conocido demasiado a Escanlar (solo lo había visto dos veces), que no estaba haciendo un documental sobre su vida, y que no tenía ninguna clase de obsesión con él: simplemente, había publicado un obituario en su blog —uno de los pocos que había hablado con cariño de Escanlar— y, a raíz de eso, su viuda lo había contactado para agradecerle. Sea como fuere, dijo que sí. Convinimos en que iría a Montevideo, que investigaría, que me contaría todo al regresar. Llegó a la capital uruguaya en junio de 2011, siete meses después de la muerte de Escanlar. Cuando terminó el proceso de reporteo, escritura y edición, Fuguet había pasado por todas las etapas de un calvario que yo, hasta que me pidieron este prólogo, había olvidado por completo.

Alberto Fuguet entregó el perfil de Gustavo Escanlar en algún momento de agosto de 2011. Tenía cincuenta páginas, 104.037 caracteres y, debajo del título —«Todo no es suficiente»—, había tres líneas, a modo de bajada, que decían: «La corta, agitada, intensa, escindida, border, sobregirada, adictiva, consumista, mediática, tímida, ambigua, aterrada, desperdiciada y autodestructiva vida no-literaria de Gustavo Escanlar». Era un texto genial, desbordado, eufórico y tristísimo, que hablaba no solo de Escanlar sino —sobre todo— de la relación de Fuguet con Escanlar (y con su fantasma), de los entresijos y dificultades del reporteo, y de cómo un escritor muerto había pulverizado la (relativa) tranquilidad de un escritor vivo. Pero, aun genial, desbordado, eufórico y tristísimo, ese no podía ser un texto para *Los malditos*. El libro necesitaba un perfil que respondiera, como todos los demás, a la pregunta «¿Quién fue ese hombre, cómo se hizo quien fue?». Y el perfil de Fuguet respondía otras preguntas, pero no esa. De todos modos, tenía dentro de sí todo lo necesario para responderla, de manera que la tarea de edición consistió en trabajar los materiales que ya estaban allí para llegar a un texto que se acoplara a *Los malditos* de manera orgánica.

Aquel perfil genial, desbordado, eufórico y tristísimo, la versión primigenia de Fuguet, es la que se publica ahora en este libro: una versión salvaje de la salvaje experiencia de contar la vida de un hombre cuyo cuerpo

—como repetía Fuguet una y otra vez en los mails que intercambiamos a lo largo de todos los meses en los que Escanlar fue su obsesión y su némesis— «todavía estaba tibio cuando llegué». He aquí, entonces, una versión sin cortes, con bonus track incluidos, de aquella temporada en el infierno.

* * *

Siempre he creído que el trabajo que hace un editor con un texto debe difuminarse y desaparecer y que, si todo sale bien, no deben quedar rastros. No voy a hablar aquí, entonces, del trabajo de edición, pero sí de algunas circunstancias que lo rodearon. Haciendo un ejercicio de memoria, recuperé un recuerdo brumoso: hacia el final de su viaje a Montevideo, Alberto Fuguet se sintió mal, o se enfermó (o quizás todo eso sucedió cuando regresó a Santiago). Él nunca me habló del asunto, pero un día Matías Rivas me llamó y me dijo algo así como «Alberto ha regresado de Montevideo, ha quedado devastado».

Montevideo, una ciudad que a todo el mundo le resulta melancólica pero tierna; triste pero acogedora, casi destroza a Fuguet con su aceitada maquinaria de vejez encendida y sus costumbres de adorable pueblo chico. «Ahora, después de haber regresado de Montevideo, siento que lo que me tocó vivir en esa ciudad fue una novelita trash —escribió Fuguet en “Todo no es suficiente”—. Escanlar era mucho

más oscuro, estaba mucho más escindido, era mucho más complejo que sus festivos primeros libros de relatos (...) Fui tras un escritor y volví salpicado de sangre, con la historia de un hombre ciego por los focos, el maquillaje pastoso, la droga dura, la orina propia, la farándula mal iluminada y berreta, el cotilleo, el morbo, y con la sensación de que un huracán había azotado a la gente que lo había conocido y que parecía estar recuperándose de un mal que los había cambiado para siempre. Los que lo quisieron no estaban dispuestos a dar la cara y los que lo odiaron tampoco. Todos, sin embargo, me hablaron mucho. Concertaba entrevistas que iban a durar solo cuarenta y cinco minutos y terminaban alargándose dos horas para luego enfrentarme a frases del tipo “no podés citarme”, “esto es muy fuerte; yo tengo hijos”; “no es bueno estar ligado a Escanlar”; “lo desprecié, sí, pero estamos en Uruguay”; “lo quise mucho pero no sé si deseo ver mi nombre impreso”(…) Es desconcertante, absurdo: casi ninguna de las veinticuatro personas con las que hablé en Montevideo me permite dar su nombre. Hubo personas con las que estuve diez minutos y, después de haberme explicado que no tenían mucho para decir, comenzaron a enviarme mails con anécdotas, detalles, recuerdos, escaneos de cartas, insistiendo, una y otra vez: “no me podés citar”; “tengo familia”».

Dos pasajes del texto, que no quedaron en la versión publicada en *Los malditos* pero que sí aparecen en este libro, reflejan bien esa

caída libre en el desconcierto y la desazón. Se trata de dos largos mails que Fuguet le escribió a Matías desde Montevideo, cuando ya lo estaba empezando a pasar muy mal. Allí decía:

(...)

La viuda —un personaje
Es fuerte, te dice las cosas de frente
aunque algo me hace pensar que no ha digerido todo
lo que, supongo,
es más que natural.
Insiste en admirar a Escanlar
y yo...
¿... yo...?
yo no sé...
creo que a veces lo odio
tal como odio a Leila ☺
por asignarme a este personaje
y enviarme para acá.
¿Tú crees que me dio a Escanlar porque lo conocí?
¿por qué no me asignó un mexicano frik del siglo 19?
Así me hubiera tocado googlear nomás y leer...

(...)

Mucha gente lo desprecia, pero muchos
lo aman o tienen —tuvieron— lazos demasiado
intensos con él.
Las amistades peligrosas me tienen chato
y la gente más normal es la más intensa
porque me tocan, lloran, se quiebran,
termino como Gabriel Byrne en *In Treatment*,

destrozado, agotado, sin fuerzas...
Me cuesta leer... Siento que todos necesitaban
hablar, sacarse cosas,
y terminan vomitando arriba mío
(metáfora, ojo)

(...)

Me siento pasado a Escanlar
hediondo
se está apoderando de mí
soy muy huevón: era cosa de releer sus libros
todo es más o menos verdad
y ya no me interesan tanto estos temas.
Esto es como volver a los 90,
Dios se apiade de nosotros,
Los 90 pero con TV HD: tele, tele, tele,
farándula,
show, asco
solo quiero volver al gran SCL

Fuguet había estado por última vez en Montevideo en 1996. Quizás en 2011, antes de partir, pensó que llegaría a una ciudad afa-ble, en la que un grupo de personas le hablaría sin tapujos de ese hombre al que había visto dos veces, de quien conservaba un recuerdo intenso y a quien respetaba como autor. Pero la realidad le dio un revolcón de miedo y le sucedió lo más peligroso que puede sucederle a un periodista: ver que todo lo que necesita para contar su historia está allí, solo que detrás

de un vidrio oscuro, protegido por gente que no está dispuesta a dejarlo mirar.

* * *

Uno de los motivos por los cuales lo que sucede durante el proceso de edición debería quedar en las sombras es que, sacado de contexto, el diálogo entre un editor y un autor puede parecer un diálogo entre dos idiotas o dos personas sin escrúpulos. Reviso los mails que intercambiamos durante aquellos días y encuentro preguntas mías tales como si durante su infancia Escanlar había vivido en un departamento de planta baja, con o sin patio, y pidiéndole a Fuguet que intentáramos precisar si realmente un gramo de cocaína alcanzaba para provocar un ataque cardíaco (yo sostenía que un gramo era muy poco; Alberto, que no era lo mismo meterse un gramo a los 20 que a los 48). Respondía a mis mails con su estilo abreviado, en mensajes que tenían la fascinante forma de un poema y también, a veces, su ritmo. De a poco, a lo largo del proceso de edición, mientras el texto mutaba, empezó a quedar claro que Fuguet estaba logrando un milagro de doble vía: demoler el mito de Escanlar (dejar en claro que no había sido tan solo un ser desaforado y autodestructivo) y, al mismo tiempo, recuperarlo como autor. Pero el proceso se lo estaba comiendo vivo: se pasaba los días encerrado y sin ver el sol, tomaba litros de café, no hablaba de otra cosa

que de Escanlar, de su viuda, de sus enemigos, del lago insondable de intrigas que se tejían en torno a él. Después de semanas de trabajo, de idas y vueltas, de sugerencias, de dudas, en septiembre de 2011 me envió un mensaje con un documento adjunto: la versión final. «Querida Leila —decía—: El águila ha aterrizado, como el código en un filme de guerra con Clint Eastwood. LISTO. Aquí va este reescrito, remixeado, editado, alterado (...) Ahora bien, te confieso —y soy supersincero— (...) me siento agotado y con poca capacidad para seguir con Escanlar (...) creo q yo ya perdí distancia y energía (...) espero q no creas q estoy sobregirado o paranoico, solo q llevo 72 horas sin parar y huelo a café... y debo ir a una clase ahora de 3 horas... (...) En corto: si me puedes ayudar, ayúdame. Te lo dejo en tus manos (...) un abrazo, agotado, pero no menos fuerte». Mi respuesta, de ese mismo día, fue: «(...) nada se irá a imprenta sin tu aprobación. Pero ahora descansá, no tomes más café, salí del encierro, andá al sol, hablá de otro tema».

Un día más tarde, Alberto respondió, creo que desde Valdivia:

Hey leila

Q bueno, q alivio

Te escribo mañana

Se está yendo mi batería del fono

Pero genial quedar libre :)